

# Históricas Digital

José Fernando Ramírez

*Obras históricas*  
*Tomo I. Época prehispánica*

Ernesto de la Torre Villar  
(edición y advertencia al tomo primero)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Coordinación de Humanidades  
Instituto de Investigaciones Históricas

2001

414 p.

(Nueva Biblioteca Mexicana, 136)

ISBN 968-36-7805-X (Obra completa)

ISBN 968-36-6952-2 (Tomo I: edición rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 4 de mayo de 2017

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras\\_historicas/ramirez01.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_historicas/ramirez01.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

## ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS





## ANTIGÜEDADES MEXICANAS CONSERVADAS EN EL MUSEO NACIONAL DE MÉXICO

La casi totalidad de los objetos representados en esta lámina pertenecen al Museo Nacional. Su dibujo es perfecto, haciendo honor al artista la ejecución, lo mismo que el talento con que ha sabido agruparlos. La descripción y la explicación minuciosa de cada uno de esos objetos daría materia suficiente a un volumen de regulares dimensiones, porque se relacionan con todos los ramos de la vida civil del pueblo que hoy solamente puede estudiarse en esos recuerdos, desparramados y despedazados por la civilización europea del siglo XVI. La religión, las ciencias, las artes, las costumbres, etcétera, cada cual encuentra algún símbolo en esas figuras, bastante para dar materia a profundas, a la par que interesantes investigaciones. El terreno de la antigüedad mexicana aún permanece virgen, no obstante los millares de volúmenes históricos que han caído sobre él. Muchísimos de ellos no son mas que hojarasca, apta solamente para fecundar la maleza del terreno. Dejémoslos quietos mientras se presenta la mano diestra y paciente que debe ejecutar en ellos la obra que ejecutó la de Dios en el caos. El trabajo que aquí se presenta es una página muy pequeña y casi meramente descriptiva, tomada de ese gran libro que aguarda tiempos más bonancibles. Quizá damos al lector mucho más de lo que podía esperar en una publicación del carácter de la presente. La idea la inspiró un grupo del mismo género publicado en el vol. XXVIII, p. 176 de *L'illustration*, periódico de París, en que la incorrección del dibujo se las disputa con lo fantástico de las explicaciones. ¡Y así, en lo general, se escribe, allende los mares, la historia, la arqueología, la etnografía, etcétera de México!... Ambos defectos se han evitado en el desempeño del que nos ocupa. Todas sus figuras están numeradas, y para facilitar su hallazgo se advierte que las cifras se han colocado, hasta donde era posible, en líneas verticales y paralelas comenzando por la izquierda con el:

1. Una de las fases, la principal, en juicio de Gama, del famoso monolito que se conserva en el museo y que aquel escritor dice ser una figura biforme, compuesta de los símbolos del dios de la guerra y del de la muerte, formando

la divinidad doble, que llama Teoyaomiqui; palabra que significa: “morir, o recibir la muerte en la guerra divina, o en defensa de Dios”. Según la clasificación del barón de Humboldt la roca de que está formado este monumento es un *Wakee* basáltico gris azulado con hendiduras llenas de feldespatos vitrosos. La escultura manifiesta que debía estar colocado en alto, sostenido sobre pilastras por los dos brazos salientes que se ven a los lados. Gama<sup>1</sup> lo ha descrito muy detenidamente, haciéndolo uno de los asuntos especiales de su interesante obra. Nebel<sup>2</sup> ha dado el mejor y mayor de sus dibujos: el barón de Humboldt,<sup>3</sup> Baradere y St. Priest<sup>4</sup> y Brantz Mayer<sup>5</sup> lo han repetido también con más o menos explicaciones. Sus dimensiones, en medida métrica francesa, son 2.566 alt. y 1.536 lat. con un grueso casi igual.

2. Objeto muy común en las antigüedades mexicanas, tanto en las esculpidas como en las figuradas. El aquí copiado es de pórfido basáltico de poco más de 0.32 de alto; pero se encuentran de basalto, de mármol, de alabastro, de serpentina, de terracota, etcétera, de todas dimensiones. Obsérvese con los caracteres de una deidad en varias láminas del *Códice borgiano* y en otras de las que forman la magnífica colección de Kingsborough.<sup>6</sup> Él presenta una grande semejanza, en cuanto a la postura, con algunas estatuas egipcias, que se ven en los principales museos de Europa. En el primer piso del justamente celebrado de Turín, existen cinco estatuas de idéntico carácter, marcadas con los números 10, 12, 18, 19 y 21,<sup>7</sup> diferenciándose únicamente, por lo que toca a la postura, en una especie de cojín, sumamente bajo, sobre que parecen asentadas, excepto la última, el cual también se advierte en otras figuras mexicanas. El Museo del Louvre en París, contiene igualmente en la galería de antigüedades egipcias, seis estatuas del propio carácter y con las mismas diferencias observadas en las de Turín.<sup>8</sup> El rico y grandioso Museo de Londres

1 *Descripción de las dos piedras...*, § II, y ss., México, 1832, en 4º, y su traducción italiana publicada con el título de *Saggio dell'astronomia, chronologia etc., degli antichi messicani...*, Roma, 1804, en 4º.

2 Nebel, *Viaje pintoresco y arqueológica... a la República Mexicana...*, París y México, 1840, gr. fol.

3 *Vues des cordillères et monuments de l'Amérique*, planche 29, París, 1810, gr. fol.; 1814, en 8º.

4 *Antiquités mexicaines. Relation des trois expéditions du capitaine Dupaix &c.*, planches supplémentaires, pl. VI, núm. 9, París, 1834, gr. fol.

5 *Mexico as It Is*, letter XVI, p. 108, Filadelfia, 1847, en 4º, 3ª ed.

6 *Antiquities of Mexico, Comprising Fac-similes of Ancient Mexican Paintings and Hieroglyphics, &c.*—*Codex borgianus*, plat. 45, 46, 55. —*Codex vaticanus*, núm. 3 776, plat. 38, 42, 58, 90 y *passim* en el vol. III, Londres, 1829, gr. fol.

7 *Catalogo illustrato dei monumenti egizii del R. Museo di Torino, compilato dal professore Pier-Camillo Orcurti*, Salle al piano terreno, cap. 4, art. 1, núms. 10, 12 &c. cit., Turín, 1852, en 8º. Estas noticias se refieren al estado que guarda el museo en el mes de marzo del año próximo pasado, en el cual lo visité. Hago la advertencia porque los catálogos y colocación de sus objetos se mudan con mucha frecuencia en algunos museos.

8 *Vid.* la nota anterior.

(British Museum) posee varias, cuya numeración no me atrevo a citar porque no tengo a la mano el catálogo en que hice mis apuntes. Allí existe una estatua curiosa y de muy singular carácter<sup>9</sup> que figura la persona enteramente envuelta en una banda. Las hay que solamente tienen descubiertos los pies. Las colocadas en otras diversas actitudes de la misma postura, tales, v.g., como las de los números 9, 10, 28 de nuestra lámina, abundan en todos los museos. Los arqueólogos no están de acuerdo en la clasificación y explicación de esta especie de monumentos. Las del estimable profesor Orcurti, a quien tributo en este recuerdo la ofrenda de mi agradecimiento por la benévola acogida que me dispensó, parece se inclinan por juzgarlas una especie de ex-voto en que el oferente se representaba a sí mismo, dando gracias o tributando alabanzas a alguna deidad. Las explicaciones del catálogo egipcio del Louvre<sup>10</sup> no se alejan mucho de las precedentes, y las del de Londres tampoco la repugnan. El anónimo que nos ha dado una excelente instrucción sobre este establecimiento,<sup>11</sup> juzga que esas figuras podrían representar una persona colocada voluntariamente en una actitud incómoda a la manera de los santones de la India. En las tradiciones mexicanas no se encuentra dato alguno para explicar el peculiar carácter de este género de estatuas, que, como he dicho, abunda; mas sí es fuera de duda que su postura, lo mismo que en el Egipto, era reverencial y la que se tomaba para orar o para hablar a un superior. También, según decía, se nota en las efigies de algunas divinidades. Hábiame parecido cosa fácil encontrar una muestra de la que nos ocupa en cualquiera de tantas colecciones egipcias como conocemos; pero veo con sorpresa que ellas son tan escasas en éstas, como abundantes en los museos.<sup>12</sup> El anónimo antes citado (British Museum) trae dos especímenes, y uno solo he hallado en la famosa colección de la expedición francesa.<sup>13</sup>

3. Vaso de barro de 0.155 de alto. Por su textura, solidez y ligereza se asemeja mucho a los vasos etruscos de segunda calidad. Las labores son blan-

<sup>9</sup> *Sinopsis of the Contents of the British Museum*, Egyptian Galleries, núm. 48, Londres, 1855, 62ª ed., en 12º.

<sup>10</sup> *Notice des monuments exposés dans la Galerie d'Antiquités Egyptiennes (Salle au rez-chaussée) au Musée du Louvre*, par Emmanuel de Rogé. A., § 3, núms. 71, 74, 84, 91 y 92, París, 1852, 2ª ed., en 12º. Estas indicaciones se refieren al estado que guardaba el museo en septiembre de 1855, en que lo visité.

<sup>11</sup> *The British Museum*, Egyptian Antiquities, vol. 2, cap. 1, Londres, 1836, en 12º, en la colec. int. *The Library of Entertaining Knowledge*.

<sup>12</sup> Si mis recuerdos no me engañan, creo que también hay una de esta clase, aunque mutilada, en el museo de la Villa Albani, cerca de Roma

<sup>13</sup> *Description de l'Égypte, ou Recueil des observations et des recherches qui ont été faites en Égypte pendant l'expédition de l'armée française*, Antiquités, planches, vol. 5, pl. 60, ed. de Panckoucke.

cas y de color de ocre, de varios matices, pintadas antes de meter la pieza al fuego. Éste y los otros vasos representados en la lámina, parecen ser de los consagrados a los varios destinos del culto.

4. Espécimen del arte plástica de los antiguos mexicanos. Es un molde hueco de barro muy duro, que representa una cara humana, y en el cual se moldaban las piezas, formándose después a mano, o con otro molde, la parte posterior de la cabeza. El museo posee otros que figuran el cuerpo entero, aunque todos de pequeñas dimensiones. El de nuestra estampa tiene 0.055 long., sobre 0.065 lat.

5. Lápida de serpentina de 0.89 long., 0.60 lat. y 0.30 de espesor, grabada en alto relieve. Es una inscripción conmemorativa de la dedicación del Templo Mayor de los mexicanos, que existía al tiempo de la conquista de esta ciudad. El cuadro superior representa una libación de sangre, ofrecida al fuego por los reyes Tizoc y Ahuizotl, 7° y 8° monarcas de México que hicieron la fundación. En el mismo, y entre las efigies de ambos personajes, se ve abreviada y en pequeñas dimensiones, la misma figura grabada en el cuadro inferior, con siete puntos o circulitos colocados horizontalmente. Este grupo designa el día de la dedicación; y el del cuadro inferior, compuesto del mismo símbolo (*acatl*), colocado entre dos líneas perpendiculares y paralelas, cada una de cuatro puntos o círculos, designa el año de la misma solemnidad, notada, según el estilo mexicano, en el día *chicome acatl* (7 caña o carrizo) del año *chicuei acatl* (8 casa), correspondiente al día 19 de febrero de 1487.<sup>14</sup> Este precioso monumento de nuestra antigüedad, que todavía conserva rastros de argamasa, estaba incrustado, probablemente, en la parte más visible del Templo Mayor, a la manera que nosotros colocamos las inscripciones conmemorativas.

6. Cuadrete que contiene varios objetos antiguos, en lo general de joyas y adornos. El central, colocado en la parte superior, y los que forman la línea de en medio, son lo que nuestros buscadores de antigüedades llaman sombreritos, por la semejanza que tiene con un sombrero de copa alta. La mayor parte son de obsidiana, perfectamente pulida, y forman la antigua divisa militar llamada *tentel* (piedra del labio), con que se distinguían los que habían hecho algunos prisioneros en la guerra; acción la más estimada y gloriosa entre los mexicanos. Adaptábase a un agujero que se abría en el labio inferior, colocando la parte ancha y arqueada, o como si dijéramos, la falda del

<sup>14</sup> Esta fecha la he determinado siguiendo el cómputo de Gama, que hasta hoy es el generalmente adoptado, aunque no carece de objeciones. El que desee más noticias sobre este monumento y algunos otros de su carácter, las encontrará en mi *Descripción de cuatro lápidas monumentales*, Sc. al fin del tomo 2° de la *Historia de la conquista*, por Prescott, ed.

sombrerito, por la parte de adentro, hacia el nacimiento de los dientes, dejando saliente para afuera la parte cilíndrica. Casi todos tienen en el centro de su plano una pequeña horadación, en donde se colocaba un sutil plumerito, formado de las plumas más brillantes y hermosas del colibrí o chupamirto, que hacía el efecto de una piedra preciosa. El *tentetl* de cristal de roca era la divisa de la servidumbre del emperador. También los hay de serpentina, y algunos, perdiendo la forma de sombrero, rematan en punta aguda y aun toman la forma de diente canino. Los otros objetos de este cuadrado son puntas de flecha, cuentas y una cruz de piedra fina, perfectamente pulida, que parece posterior a la conquista.

7. Pequeño modelo de un templo mexicano, fabricado de barro y de manufactura ordinaria. El cuadrete puntuado que forma su remate, es una especie de carácter simbólico, que designaba el templo de Tlaltelulco. El inferior, más pequeño, indica la entrada del sagrario. La especie de poste redondeado, colocado enfrente, figura el ara, o piedra del sacrificio ordinario de víctimas humanas. En algunos modelos se advierten los varios relejes de que estaban formados y que daban su tipo característico a los templos mexicanos. Otros tienen en la parte superior la efigie de una deidad. Dimensiones, 0.14 alt.

8. Piedra circular de 0.90 de diámetro y 0.18 de espesor, de pórfido basáltico. La señal de una fractura que se nota en el canto, induce a creer que pertenecía al edificio que los mexicanos llamaban *tlachtli*; local ya profano, ya religioso, y que con este último carácter formaba parte del Templo Mayor. Los relieves representan sus divinidades protectoras. En el *tlachtli* se ejecutaba el ejercicio o juego gimnástico, hasta hoy usado en algunos pueblos de Sinaloa y de Sonora con el nombre de juego del hule; llamado así, porque la pelota o bola con que se ejecuta, es de *uli* o goma elástica, de ocho o más pulgadas de diámetro. Parece que la suerte principal dependía antiguamente de introducir la pelota por el agujero abierto en el centro de la piedra.

9. Estatua de piedra chiluca, de 0.32 de alto. Por su postura pertenece al género de la descrita en el núm. 2. En los museos egipcios de Europa se encuentran figuras semejantes.

10. Estatua de barro de 0.28 de alto y 0.20 de ancho en el tocado, asentada a la manera oriental. Por sus formas parece una divinidad femenil. En la parte posterior tiene adaptado una especie de vaso cilíndrico, que aún conserva las señales del fuego depositado en él. Allí se quemaba el incienso que se ofrecía a la misma deidad, haciendo así también las veces de perfumador o pebetero. Aunque este monumento pertenece a la familia zapoteca, cuya civilización era harto diferente de la mexicana, la práctica existía igualmente en ésta.

11. Vaso de barro de 0.40 de alto y 0.27 de diámetro en la parte más ancha.



La sustancia no está perfectamente endurecida, y su manufactura es algo ordinaria. Parece ser una urna cineraria. Al pie de este objeto se ve colocado, sin número, un instrumento músico, especie de oboe, fabricado de barro bien endurecido.

12. Vaso de la especie de caliza dura y transparente, conocida en la lengua mexicana y en la vulgar con el nombre de *tecalli*. Tiene 0.34 de alto, 0.004 de espesor en la boca, y está perfectamente pulido. Los vasos de su género estaban consagrados al ejercicio del culto.

13. Vaso como el anterior. Las labores son de alto relieve, quedando algunas desprendidas. El tubo que se ve a la derecha en forma de pico, idéntico al de nuestras teteras, está hueco. Todo indica que era un vaso para libaciones. El museo posee otro muy semejante. Éste tiene 0.13 de alto y 0.005 de espesor en la boca.

14. Hermoso arco de serpentina, perfectamente pulido y grabado. Empleábase en los sacrificios humanos, adaptándolo a la garganta de la víctima, colocada boca arriba. Así quedaba enteramente inmóvil, además de que cuatro sacerdotes la sujetaban por los pies y las manos. Dimensiones: 0.42 alt., 10 y 12 cm de espesor.

15. Alto relieve de basalto, de 0.31 alt. y 0.29 lat., que representa una culebra enroscada con rostro humano. Al lado derecho se ven tres gruesos puntos, o caracteres numéricos, que con otros cuatro colocados a la izquierda, forman el número siete. De éste podría deducirse que el grupo representaba uno de los días de la trecena mexicana, o también una de sus deidades, ambos conocidos con el nombre de Chicome-coatl (siete culebra). Este reptil, con rostro humano, se encuentra también en los monumentos egipcios. En mi *Descripción de las cuatro lápidas monumentales...*, citada en el núm. 5, la he dado más extensa y con su dibujo.

16. Pito, o silbato de barro cocido. El museo posee una gran cantidad de muy variadas formas y tamaños. El común varía entre 5 y 12 centímetros.

17. Penate de barro, muy común en todas las excavaciones. Alt. 0.08. Las variedades de esta clase son numerosas.

18. Grupo formado de dos objetos. El sobrepuesto es una pipa de barro blanquizo, cocido y muy sólido, de 0.27 de longitud. Su forma se asemeja también a la de una de las especies de incensario que usaban los mexicanos con el nombre de *tlemaitl* (fuego de mano, o que se emplea con la mano): la ordinaria de éste era la de un cucharón. El objeto inferior es igualmente un incensario de barro bruñido, que se usaba tomándolo en las dos manos, colocando los pulgares en las asas. Entre las antigüedades mexicanas publicadas en *L'illustration* de París, figura este objeto sostenido por dos cordones, a la ma-

nera de nuestros actuales incensarios. Ésta es una adición enteramente caprichosa e infundada.

19. (A la derecha del 14). Tamboril construido de un solo trozo hueco de madera dura y que los mexicanos usaban en todas sus fiestas civiles y religiosas, con el nombre de *teponaztli*. El paralelogramo que se ve en el centro, distribuido en cuatro compartimientos, es una lámina recortada en el mismo tronco por tres de sus lados y adherida por una sola de sus cabeceras. Esta lámina tiene diverso espesor en cada compartimiento, produciendo así cuatro sonidos diversos. Tócase hiriendo en aquéllos con un bolillo revestido de hule u otra sustancia algún tanto elástica. Dimensiones: 0.44 longitud; 0.12 diámetro, en las cabeceras.

20. Otra forma de incensario, llamado *popochcomitl* (vaso de incienso), perteneciente a la especie de perfumador, o pebetero. Úsase hasta hoy colocándolo inmovible sobre los altares o enfrente de las imágenes. Las labores que presenta son caladas, y sirven para dar salida al humo. La figura adherida a él y que forma uno de sus pies, es una de las varias formas del dios Quetzalcóatl (*vid.* núm. 32). A su inmediación se ve un pito, como el del núm. 16.

21. Hachuela de bronce de 0.11 long. y 0.09 lat. en el corte. Los ensayos que he mandado hacer de otras piezas de su clase han dado, en la composición de este metal, la proporción de 9 a 10 por 100 de estaño, que es la común empleada hoy para los objetos de bronce que requieren grande dureza.

22. (Arriba del anterior.) Cincel de serpentina, que los mexicanos empleaban para labrar la piedra, long. 0.07. Encima de él se ve cruzada una punta de flecha de obsidiana, long. 0.04. Otro cincel de jade, hay entre los números 38 y 38, long. 0.10.

23. (En la parte superior de la estampa.) Escudo o adarga que los mexicanos usaban en la guerra como arma defensiva, con el nombre de *chimalli*. Esta figura se ha copiado de una de las antiguas pinturas conservadas en la colección de Kingsborough.

24. (Debajo de la anterior.) Estatua de una divinidad mexicana, colocada antiguamente sobre un altar, en la cúspide de la montaña de Tepepulco, hoy Peñón viejo, o del marqués, donde Cortés tuvo una reñida y sangrienta refriega. Encontróse derribada, mutilada y cubierta de tierra, al abrir las fortificaciones que allí se construyeron en 1847. El báculo que porta en la derecha está quebrado en la extremidad superior, lo mismo que el ala izquierda del tocado o tiara de la cabeza. En la derecha lleva colgada una bolsa, de las que usaban los sacerdotes para portar el incienso. En la cintura se distingue la braga o *maxtli* que usaban todos los hombres, desde el esclavo hasta el emperador, para cubrirse. Las manchas negras que se ven en la cara no es un defec-

to de la litografía. Ellas figuran las que dejó el humo de la purificación, y que forman una costra de casi un milímetro de espesor. ¡Cuántos años han debido transcurrir para que ésta se formara en una estatua colocada al descubierto, expuesta a todas las inclemencias y en una altura batida por vientos continuos...! Su culto debió ser extraordinario. La iconología mexicana se encuentra todavía muy atrasada para fijar de una manera precisa el nombre y atributos de esta deidad. Parece que era una de las protectoras del comercio y de la seguridad de los caminos. La totalidad de la estatua mide 1.44 de alto, incluso el pedestal. Es de pórfido basáltico, y se reconoce que primitivamente estuvo pintada de colores, distinguiéndose perfectamente el rojo, azul y negro. Sobre éstos se dio una lechada de cal, ordenada, probablemente, por los primeros misioneros, para más desfigurarla. Este monumento se conserva en mi casa, y lo debo a la liberalidad del señor don José Elías Fagoaga y al favor del excelentísimo señor don Felipe Neri del Barrio, ministro plenipotenciario de Guatemala, que me procuró su adquisición. Reciban ambos en este recuerdo la expresión de mi gratitud, o más bien, de la gratitud pública, puesto que tengo consagrado aquel monumento al Museo Nacional.

25. (Encima del anterior.) Escudo y carcaj con flechas, copiado de las antiguas pinturas mexicanas de la colección de Kingsborough.

26. (A la derecha del anterior.) Escorzo del famoso monumento, vulgarmente conocido con el nombre de piedra de los sacrificios. Gama<sup>15</sup> y el barón de Humboldt<sup>16</sup> se han ocupado de explicarla, y a ellos podrán ocurrir los curiosos que desearan mayor instrucción. El primero ha demostrado, con toda evidencia, que esa piedra no podía ser el ara del sacrificio ordinario, ni la del gladiatorio. Juzga que es un monumento religioso en que los mexicanos quisieron figurar la imagen del Sol, representado verticalmente sobre esta ciudad de México, en los días del año que pasa por su zenit, ambos solemnizados con dos de las mayores fiestas. La figura que se ve grabada en el plano horizontal de la piedra, es efectivamente la efigie del Sol, tal cual, generalmente, lo representaban los mexicanos. El mismo Gama dice, que esa festividad se solemnizaba con un baile o danza religiosa, la cual representan los treinta danzantes que, “de dos en dos, están finamente grabados en la circunferencia cilíndrica de dicha piedra”. Añade, que éstos pertenecían a quince pueblos, que estaban obligados a celebrar esas fiestas, cuyos nombres se encuentran grabados jeroglíficamente en dicha piedra. Gama entra en extensos pormenores para descifrarlos y explicar los relieves e intentos de ese curioso monu-

<sup>15</sup> Gama, *Descripción...*, núm. 120 y ss.

<sup>16</sup> Humboldt, *Vues des Cordillères...*, planche XXI.

mento. El barón de Humboldt, combinando la doctrina de este escritor con la del capitán Dupaix, infatigable y benemérito investigador de nuestras antigüedades, juzgaba que no era más que la simple representación de las conquistas de un rey azteca, y sobre esta conjetura formó una opinión media, estimándolo como un *temalacatl*, o sea ara del sacrificio gladiatorio, en que los prisioneros enemigos morían peleando, cuando sus hazañas y fama los hacía dignos de tan tremendo honor. Ninguna de estas conjeturas me parece enteramente fundada, aunque en ambas haya algo de acierto. Indudablemente esa piedra es un monumento conmemorativo, a la par que votivo; y tampoco puede caber duda, en que fue erigido por Tizoc, 7° rey de México, el mismo que preparó los materiales para la erección del Templo Mayor, según se dijo en el núm. 5. No permitiendo los estrechos límites de esta noticia entrar en los pormenores que demanda su explicación, y proponiéndome, además, darla en otra obra (con la extensión que requieren su asunto y las opiniones erróneas que han vertido sobre ella cuantos han emprendido interpretar sus caracteres), me limitaré a repetir, que es un monumento conmemorativo de las victorias obtenidas por Tizoc, sobre los pueblos figurados en la circunferencia del cilindro, cuyos símbolos no representan danzantes, como suponía Gama, sino grupos de vencedores y de vencidos, dispuestos de dos en dos, el uno llevando asido del cabello al otro, y éste portando en la mano izquierda un haz de flechas con la punta hacia abajo, y en la derecha una arma que presenta, en señal de sumisión; a la manera que se ven los relieves de su género, en los monumentos egipcios y asirios. En cada uno de estos grupos, y hacia la parte posterior de la cabeza, que figura un prisionero, se ve un símbolo jeroglífico que da, fonéticamente, el nombre de su pueblo. La efígie del Sol, grabada en alto relieve en el plano del cilindro, indica suficientemente que era un monumento votivo consagrado a aquel astro, una de las principales divinidades del imperio, en acción de gracias por la victoria obtenida. Los mexicanos, lo mismo que los romanos, griegos y todos los pueblos famosos de la antigüedad, entendían que las grandes acciones debían referirse siempre a la divinidad, como causa primera, y única dispensadora de los beneficios recibidos. La relación de este monumento con el culto religioso, forma el intento principal de las curiosas investigaciones de Gama.

La oquedad circular que se advierte en su centro, y la canal que sale de ella, corriendo por el grueso de su parte cilíndrica, dieron origen a la creencia de ser la piedra del sacrificio, suponiéndose que la sangre de la víctima caía en esa especie de vaso hasta derramarse. Estos apéndices, más que artísticos, son destructivos, según una tradición que oí hace algunos años. El monumento se descubrió el 17 de diciembre de 1791, a poca distancia del ángulo que

forma el atrio de la catedral hacia el empedradillo; enterrándosele después en el lugar donde hoy existe una inscripción esculpida en una lápida de piedra chiluca que mandé colocar allí el año de 1852,<sup>17</sup> siendo ministro de Relaciones. La memoria de esa localidad podrá ser algún día muy útil para fijar ciertas ubicaciones todavía muy dudosas. Sobre el origen de la canal y rotura, se cuenta, que al hallazgo de esa enorme mole, y consideradas las grandes dificultades que presentaba su transporte, se trató de destruirla, como se hizo con otros muchos monumentos, destrozados entonces para hacer el empedrado de la plaza. Con este intento se emprendieron la horadación y ranura; mas habiendo acertado a pasar por allí el canónigo Gamboa, impidió esa destrucción vandálica, logrando que se trasladara al punto mencionado, donde permaneció hasta fines de 1823 o principios de 1824, en que se mudó a la universidad, uno o dos días después de la traslación de la estatua ecuestre de Carlos IV. Este monumento es interesante bajo el punto de vista histórico, porque nos conserva noticias que no se encuentran en ningún libro impreso ni manuscrito. La época de su construcción puede fijarse con toda certidumbre, entre los años de 1481 y 1486, que forman el periodo del reinado de Tizoc, muy probablemente en el de 1482, supuesta la práctica, constantemente observada por los monarcas mexicanos, de abrir una campaña, luego que eran electos, para procurarse víctimas humanas con que celebrar la festividad de su solemne inauguración. El monumento es de pórfido basáltico, muy sólido, y tiene 2.67 de diámetro, sobre 0.53 de alto. Los relieves del cilindro tienen 0.21 de alto, y los de la efígie del Sol alzan de su plano 0.025. En la hermosa colección de Nebel, antes citada, se encuentra un exacto dibujo de él.

27. Estatua femenil de pórfido basáltico de 0.77 alt. y una de las piezas más estimables del museo, por su exquisito trabajo. Fáltanle los pies y las manos, y con éstas los atributos que pudieran dar alguna luz para determinar el nombre de la divinidad que representa. Los adornos en forma de borla que le penden hacia las orejas, y que el barón de Humboldt compara a la *calantica* de algunas deidades egipcias, se diferenciaban enteramente de ésta, pues eran una divisa o atavío peculiar de la antigua nobleza, hecha de pluma fina de colores.

28. Estatua de Tláloc, “el dios más antiguo de la tierra”, dicen las leyendas, y cuyo culto, según parece, se encontraron ya establecido las tribus aztecas que poblaron el valle de México. Era la divinidad especial de las lluvias, de los mares y lagos. Multiplicábase bajo muy variados atributos, recibiendo un

<sup>17</sup> Como ésta comienza ya a borrarse, la copiaré aquí para conservar su memoria. Dice así: *Antiguo asiento de la piedra llamada de los Sacrificios, trasladada al Museo Nacional el día 10 de noviembre de 1824.*

culto universal y continuo. Su postura es idéntica a la ordinaria de la mayor parte de las divinidades egipcias. Es de pórfido basáltico, y tiene 0.39 alt.

29. Urna cineraria de barro, de excelente trabajo, aparentemente sostenida por dos figuras humanas contrapuestas, rodeadas de sus atributos, y de las cuales representa una la estampa, quedando la otra a la parte opuesta. Ésta es la efigie de la diosa Centeotl, la Ceres mexicana, protectora de las mieses, y particularmente del maíz; de cuyo nombre (en mexicano *centli*), y de la palabra *teotl* (dios), se formaba el suyo. El maíz se ve figurado en el collar de mazorcas, alternadas con la flor llamada *cempoalxochitl*, que pende del cuello de la diosa. El museo posee dos de estos vasos. Encontráronse casualmente en una excavación de Tlaltelolco, tapados con una cubierta circular, también de barro, conteniendo ambos cenizas y restos humanos calcinados. La construcción indica que pertenían a algún alto personaje; quizá a uno de los antiguos reyes de Tlaltelolco. Todavía conservan bastante visibles los colores con que estaban pintados. Dimensiones 0.55 alt. y 0.50 diám. en la boca.

30. (A la izquierda del anterior y sin número.) Pito de barro de figuras fantásticas. Inmediato a él se ve una figura irregular negra, que la litografía no podía reproducir exactamente. Es un trozo bruto de obsidiana, del que se sacaba una cierta especie de cuchillos.

31. Máscara de barro, tan ligera y bien trabajada cual si fuera de cartón. Su gesto, adornos y relieves de lagartijas, indican que estaba destinada al uso de los bufones que hacían el papel más prominente en ciertos bailes de los antiguos mexicanos, que una policía, ridículamente escrupulosa por los progresos de la civilización moderna, juzgó debía proscribir. La antigüedad del monumento me parece dudosa, aunque se dice extraída de un sepulcro. En un temblor de 1854 quedó muy maltratada por otras máscaras de piedra que le cayeron encima.

32. Serpiente enroscada en forma piramidal, figurándose su cuerpo revestido de largas y flexibles plumas, cual si fuera el de una ave. Esta efigie fantástica que se encuentra muy repetida en los antiguos monumentos y en formas colosales, autoriza a creer que sea la representación simbólica de una de las más antiguas y famosas divinidades del panteón americano; y digo americano, porque su mito se encuentra en todo el continente, con la sola diferencia de nombre y de algunos accidentes. En él se ha conservado la memoria de un personaje misterioso, blanco, barbado, que predicaba la más estricta moral, y que fue el inventor de las ciencias y de las artes; el sacerdote y el civilizador del pueblo que ha conservado su recuerdo. Necesario era que con tales dotes y andando el tiempo, pasara a ser una divinidad. Los peruanos lo llamaron Manco-Capac; los muiscas, Bochica; los yucatecos, Kukulcán; los mexicanos,

Quetzalcóatl, etcétera, y los misioneros cristianos, asombrados de encontrar entre pueblos semibárbaros una moral pura, y prácticas que se asemejaban a las del cristianismo, imaginaron ser un discípulo de Jesucristo o de los apóstoles, que vino a predicar su fe en el Nuevo Mundo. Un escritor mexicano, de ardiente imaginación, adelantó la conjetura hasta pretender demostrar, histórica, filológica y gramaticalmente, que fue el apóstol santo Tomás, bajo el nombre de Quetzalcóatl; porque esta palabra traducida al castellano, quiere decir Tomás.<sup>18</sup> Su propia y recta significación; o mejor dicho, el valor fonético, o lectura de ese símbolo, considerándolo como una frase de escritura jeroglífica, leída a la manera de nuestros caracteres, o más bien, a la de los de Rebus, hoy tan de moda en ciertos periódicos literarios de Francia, nos da la palabra compuesta *quetzal-coatl*, que traducida literalmente dice, culebra o serpiente de *quetzalli*. Esta última palabra tenía antiguamente muy variadas significaciones. La propia, y raíz de todas las otras, procedía del bellissimo pájaro, denominado *quetzaltotol*, o *quetzalli*, aplicándose especialmente a las dos largas y brillantes plumas que tiene en la cola. Ellas formaban uno de los principales artículos de tributo que se pagaban a los reyes mexicanos, y de los cuales se hacían abanicos, banderillos, plumeros, etcétera, que conservaban también el nombre de *quetzalli*. Metafóricamente se aplicaba a todo lo que era precioso, estimable, de singular mérito, etcétera, entrando también en el lenguaje de los afectos, como uno de los mayores agasajos. He aquí todas las significaciones de esa palabra, que hacen imposible su traducción en las voces compuestas, siendo más fácil sentirla que expresarla. Quetzalcóatl era una divinidad de primer orden, que se encuentra multiplicada bajo mil formas, y dominando en el cielo, en la tierra y en el aire. La efigie de la estampa es de pórvido basáltico de 0.34 alt. y 0.30 de diám. en la base. El museo la posee de dimensiones mucho mayores, y yo tengo una de éstas, que debo a la amistad y favor del señor doctor don Pablo Martínez del Río, que es particularmente preciosa por el difícil artificio con que aparece replegada, y sobre todo, por la perfección con que el dibujo reproduce esos caprichosos pliegues. Encontróse en una caverna del Ajusco, con todas las señales de ser todavía un objeto de culto.

33. Vaso de barro de la especie descrita en el núm. 3.

34. Molde de barro muy endurecido, a manera de sello, según manifiesta el asidero que se descubre por la parte posterior. Parece que estaba especial-

<sup>18</sup> Véase la disertación que sobre este asunto escribió el padre Mier al fin del tomo 2º de su *Historia de la revolución de Nueva España*, bajo el seudónimo de don José Guerra, Londres, 1813, en 8º. Don Carlos María Bustamante la reimprimió, insertándola en la *Historia general*, §c., del padre Sahagún, como suplemento al libro 3º, México, 1829, en 4º.

mente destinado para los usos de la alfarería, para imprimir o señalar la parte de ornamentación. También han servido para marcar con tinta en papel, encontráronse así en el camino que, más adelante, condujo al tan admirable como simple descubrimiento de la imprenta. El museo posee un gran número de estos objetos, entre los cuales se ven efigies de animales, de grecas, y muchas figuras fantásticas, muy semejantes a las que se encuentran en algunos de los códices publicados por Kingsborough. Esto prueba que las empleaban a la manera con que los chinos han suplido la imprenta desde una época remota. Long. 0.085.

35. Vaso de piedra de *tecalli* de 0.115 alt. y 0.003 de espesor. Figura una cara de mono; los ojos son de cristal de roca pulimentado, con fondo negro. Por su carácter y destino, es idéntico al núm. 12.

36. (Sin número, debajo de la urna funeraria, núm. 29.) Objeto parecido a una plancha de asentar la ropa. Es el instrumento de albañilería, llamado plana, construido de piedra volcánica, ligera y porosa. Los mexicanos conocían perfectamente su uso. Long. 0.12, lat. 0.065.

37. (Inmediato al vaso núm. 35.) Instrumento de barro muy duro, usado hasta hoy por las mujeres indígenas, con el nombre de *malacate* (*malacatl*), o sea huso, para hilar algodón. Empléase introduciendo una varita de madera en el taladro que se ve en su centro, haciéndolo girar rápidamente con los dedos sobre un vaso estrecho, para contenerlo. Estos objetos, extraídos todos de los antiguos sepulcros, variaban en su forma, y particularmente en los adornos y sustancias de que se construían, según la calidad de las personas a que pertenecían. El museo posee una vasta colección, y en ella se encuentran varios de piedras finas, muy delgados y perfectamente pulidos. En el British Museum de Londres vi muchos de ellos, y no deja de ser curiosa la explicación con que se anuncian en su catálogo.<sup>19</sup> “Vasta colección, dice, de objetos de forma cónica, agujerados y adornados con dibujos indígenas, y que probablemente se usaban como botones, o tachones.” No creo que los antiguos mexicanos hayan conocido el uso del botón, y podría servir de prueba, el que no se encuentra en su lengua una palabra propia como su equivalente. Explicaciones semejantes se hallan en los catálogos de otras colecciones que registré durante mi residencia en Europa; de aquí tantas ideas falsas, tantas interpretaciones violentas, tantas analogías imaginarias, y tantos sistemas fantásticos, como se ven en la casi totalidad de los escritores de antigüedades americanas, aptos solamente para recrear las dificultades y hacer más densas

<sup>19</sup> “Large series of conical perforated objects, ornamented with native devices, apparently used as BUTTONS or STUDS, *Synopsis of the contents*, §-cit. Ethnographical Room, Miscellaneous articles, MEXICO, Cases 29.30, Londres.



las tinieblas que envuelven ese interesante y casi inexplorado departamento de la arqueología. En el Museo Egipcio de Turín, vi algunos objetos de muy variadas dimensiones y formas, idénticos al *malacate* mexicano, que su catálogo<sup>20</sup> clasifica simplemente con el título de *oggetti diversi*, sin añadir alguna explicación. Ignoro cuál fuera su destino.

38. Figura de barro que representa el ave doméstica mexicana, vulgarmente llamada *guajolote* (*huexolotl*), o pavo de indias. Es una especie de candelabro de dudosa antigüedad. Alt. 0.13.

39. Objeto de barro de poco más de 0.22 de alto, de la misma procedencia y carácter que el núm. 10. El escorzo de esta pieza permite ver algo más distintamente el vaso colocado a la parte posterior, destinado al incienso. El animal allí figurado, un poco confuso en el dibujo, representa un *murciélago*, irritado o espantado. En esa parte del territorio americano, y más aún adelantándose al sur, abunda una especie particular de esta familia, de tamaño mayor que el común, con el nombre de *vampiro*, que ataca los animales y a las personas dormidas, chupándoles la sangre como una sanguijuela, y dejando abierta la herida. Cuando ésta se hace en una vena, suele producir la muerte. Es muy natural que el terror haya inspirado el culto.

40. Máscara de obsidiana negra, tan tersa y pulida, como una pieza de cristal. Estas circunstancias son las que principalmente constituyen su mérito, y que contribuyeron también a aumentar las mutilaciones que se advierten; porque dudando algunas personas, que se decían inteligentes, que fuera una pieza moderna de vidrio, se le arrancó un pedazo para someterlo a la prueba del fuego. El museo posee muchos de estos objetos, de todas dimensiones, aunque no de la misma materia, y en general de construcción muy defectuosa. Ya impresa esta estampa, adquirí una máscara, procedente del sur, la obra más perfecta que conozco de su género, y que dudo pudiera mejorarse. Es de serpentina y enteramente vaciada por el interior, de manera que puede acomodarse al rostro. La de obsidiana del museo, tiene 0.20 long. y 0.18 lat. total, comprendidos sus adornos laterales. La mía tiene 0.18 long. y 0.16, incluso la proyección de las orejas.

41. Estatua de piedra *tecalli* de 0.32 de alto, perfectamente pulida. Representa una mujer asentada sobre las piernas, en la postura peculiar de las mujeres mexicanas, y que se nota idéntica en una multitud de las estatuas egipcias. Este monumento es igual, por sus principales caracteres iconográficos, al que el barón de Humboldt colocó al frente de su precioso atlas,<sup>21</sup> con la denominación

<sup>20</sup> *Catalogo illustrato...*, §c., cit., Sale al quattro Piano, Monumenti della Sala à Mezzanotte (Secondo Tavolino, parte superiore a), núm. 63-99).

<sup>21</sup> *Vues des cordillères*, planch. 1 y 2, ambas ed. cit.

de *Buste d'une prêtresse aztèque*, acompañado de una detenida descripción y observaciones eruditas. El sabio ilustre se ha equivocado en algunos puntos, tales como en la identidad de las borlas de pluma que penden hacia las sienas de la estatua que compara con la *calantica* egipcia; la de las que forman la orla de la especie de pañuelo triangular que porta al cuello,<sup>22</sup> comparada también con los cascabeles, y otros adornos, en forma de manzana o granada, que usaban los egipcios y hebreos; en fin, se equivocó tomando por pies de la estatua, sus manos, que se figuran como apoyadas sobre el muslo. Los pies, muy groseramente esculpidos, se ven por la parte de atrás, representando a la persona en la postura antes descrita. La efigie de nuestra estampa es una divinidad femenil sumamente común en las antigüedades mexicanas, y el museo las posee de todas dimensiones y en toda especie de materias, desde el barro hasta las piedras finas. La aquí descrita es de mi propiedad y la más hermosa por su ejecución, particularmente por la perfección y verdad con que reproduce el tipo azteca, que solamente puede reconocerse vista de escorzo. Este objeto se descubrió en 1852, limpiando un antiguo canal del Campo florido, y es el único que he visto con ojos. Eran de piritá de cobre pulida; por consiguiente, se encontraron casi en estado de descomposición, por la acción continua del agua, durante un periodo, probablemente, de más de tres siglos. Con él se descubrieron también dos ídolos de madera de sabino, únicos de su género que han llegado hasta nosotros. El agua que destruyó los unos, conservó los otros.

42. Cilindro de basalto tallado en forma de un haz de varas, a la manera de las fascas romanas, figurándose atadas con dos cordeles o con la vuelta doble de uno, hacia las extremidades. Debajo de éstos, y en dirección de la línea de su costado derecho, hay dos taladros que se comunican, y que probablemente sirvieron para pasar por ellos un cordel con que se mantenía colgado el cilindro, en posición horizontal. En el cuadrete del centro está esculpido, en relieve, el símbolo crónico *acatl*; el mismo núm. 5, con la sola diferencia del numeral, que aquí es dos; indicando así el año *ome-acatl* (2 caña o carrizo), que era en el que se celebraba la fiesta cíclica de la renovación del fuego, cada cincuenta y dos años; periodo de que se componía el ciclo mexicano. En mi *Descripción de las cuatro lápidas...*, citada en el núm. 5, la he dado muy detenida de este monumento crónico, con mis conjeturas sobre la época, motivos e intentos de su construcción. A ella pueden ocurrir los que desearan mayores explicaciones. Long. 0.61, diám. 0.26.

22 Hasta hoy lo usan algunas mujeres de la raza indígena, aunque ya no sea muy común, especialmente del corte triangular. Súpleno generalmente con una tira de lienzo de lana cuadrangular, con una abertura en el centro, por donde introducen la cabeza. Llámase *quechquemil* (abrigo o cubierta del cuello). En la antigüedad era un distintivo de la nobleza.

## ARMAS Y DIVISAS

8. Sobre el plano del monumento, marcado con este número, y como naciendo de entre los 10 y 12, se ve una especie de haz formado de varios objetos, colocados sobre astas o varas, que vamos a describir, comenzando por el de la izquierda del observador, que figura una especie de bandera o guión, terminado por un plumero. Ésta era la divisa o insignia de uno de los cuatro grandes dignatarios de la corona de México, que con el nombre de Huitznahuatl, ejercía ciertas funciones civiles en el palacio, a la par que las superiores de general en la milicia. A ellas se subía de grado en grado, comenzando por las inferiores, otorgándose en razón de los prisioneros que se hacían en la guerra. Estas divisas eran generalmente de un tejido de plumas finas de colores naturales. La que nos ocupa estaba formada de bandas paralelas, de rojo y blanco, cortadas por dos plumeros de *quetzalli* (*vid.* núm. 32), el cual también la remataba por la parte superior. El botón o pie de donde éste nacía, era de pluma azul, con golilla y filetes rojos y amarillos. Esta divisa se portaba enhiesta sobre una asta, lo mismo que nuestras banderas militares, diferenciándose únicamente en el modo. Nuestros abanderados la llevan por delante, mantenida en un cubo colocado en la extremidad de un tahalí. Los mexicanos se la ataban a la espalda, y tan fuertemente asegurada, que no era posible arrancarla sin matar al que la portaba. Tal circunstancia lo mantenía perfectamente desembarazado, pudiendo ejecutar todas las hazañas que le inspirara su valor y que distinguían a los capitanes mexicanos. Es un hecho sumamente curioso que la forma de esta bandera y la manera de portarla, sean absolutamente las mismas que usan en la milicia de la China cierta clase de jefes.<sup>23</sup> Las analogías orientales se presentan a cada paso en las antiguas prácticas mexicanas.

Al lado de este objeto se ven cuatro diversas especies de lanza, un arco y una flecha. De las primeras no existen más que las piezas sueltas de obsidiana que formaban el dardo, pues la madera se destruyó. Para figurarlas se han tenido presentes sus pinturas originales, conservadas en la colección llamada de Mendoza o *Códice mendocino*,<sup>24</sup> del cual también se copió la bandera antes descrita. En el museo existe un gran número de esos dardos, más o menos maltratados. El arco y la flecha son, por sus formas, los mismos que hasta

<sup>23</sup> *Art militaire chinois*, Instruction, &c., planche XXXI, núm. XIV; en la colección intitulada *Memoires concernant l'histoire, les sciences, les arts, &c. &c. des chinois*, par les Missionnaires de Pekin, tomo 7, p. 373, París, 1782, en 4º.

<sup>24</sup> *Vid.* en Kingsborough, *Antiquities of Mexico*, ed. cit., plate 68 y allí la bandera de la figura núm. 22.

hoy usan los indios, salvo las ligeras diferencias con que se distinguen los de cada tribu.

26. Sobre el plano de este otro monumento circular, y como naciendo detrás de la urna cineraria, núm. 29, se ve también un grupo semejante al anterior y que, como él, comienza por una bandera. Es igualmente la divisa de un grande dignatario de la corona y de un general denominado Tizoyahuacatl. El cuadro superior, sembrado de circulitos, era morado y las bandas de la parte inferior verde, amarillo, rojo y azul, alternados. El remate lo formaba un *quetzalli* (vid. núm. 32), ingerido en un botón como el antes descrito. Todo lo dicho sobre la anterior figura de la bandera conviene a la presente, que también se ha sacado del *Códice mendocino*.<sup>25</sup> Sólo hay que notar, que los colores eran altamente significativos entre los mexicanos, para constituir las divisas, marcando permanentemente una clase o categoría, como se observaba en varios pueblos antiguos y actualmente en algunos del Oriente.

Inmediatamente a la izquierda se ve una figura bidentada. Es el formidable *macuahuitl*,<sup>26</sup> corruptamente *macana*, llamado por los españoles *espada*, y con la cual, dicen los testigos de la conquista, “se cortaba la cabeza de un caballo a cercén”, y se partía a un hombre por la mitad del cuerpo. Componíase de un grueso bastón de madera dura y pesada, en cuyos cantos se ingerían unas planchuelas muy afiladas de obsidiana de 4 a 5 cm. de lat. sobre 5 a 6 de long., según manifiesta la figura. Clavijero da una menuda descripción de esta arma; mas creo que se ha equivocado en la determinación de las cuchillas de obsidiana con que se construía. Las que menciona son unas láminas muy delgadas de 8 a 10 cm. de long. y 2 escasos de lat., de filo tan sutil que los conquistadores las emplearon para rasurarse. Es imposible que piezas tan delgadas y quebradizas pudieran servir para la construcción de *macuahuitl*. Las de este instrumento eran gruesas y de la forma que se ven en la estampa. Éstas no son muy abundantes, y solamente he encontrado en un sepulcro de Tlaltelolco las que me sirvieron para construir el modelo de *macuahuitl* que existe en el museo, con otras pocas quebradas.

A la izquierda de éste y en la misma línea, se ve una figura de forma oval con mango, semejante a la especie de abanico, llamado *mosqueador*. Tal fue, en efecto, el nombre que dieron los conquistadores a este objeto que en la antigüedad tenía nombres diversos, según la materia, forma, pinturas y usos

<sup>25</sup> Placa cit., núm. 23.

<sup>26</sup> En la traducción castellana de Clavijero (tomo I, p. 332 de la ed. de Londres), se lee *Miquihuitl*, por una de las infinitas corrupciones que allí se encuentran de las voces mexicanas. La que nos ocupa, significativa como todas las de la lengua mexicana, se compone de *mauitl* (mano) y *cuahuitl* (madera).



a que se destinaba. Era la insignia ordinaria de los embajadores y de cierta clase de oficiales públicos, llamados *tequihua*, especie de ayudantes, agentes y ejecutores de las órdenes del soberano. Los mercaderes viandantes, que formaban una clase distinguida en México, usaban también el mosqueador, ya como distintivo ya para quitasol; pues según parece disfrutaban los honores de embajadores, como una protección que se dispensaba al comercio, y porque frecuentemente se les encargaba de las misiones ordinarias, ejerciendo siempre las de espías. Esta complicación de calidades era el origen de las interminables querellas en que siempre estuvieron envueltos los reyes de México con los otros pueblos, y que tan eficazmente les sirvieron para ensanchar su imperio y su poder. Los insultos a los mercaderes eran continuos, y tras ellos iba la guerra y la desolación sobre los violadores del derecho público. Los mexicanos tenían instituciones sobre este punto que la Europa civilizada no planteó sino hasta el siglo pasado. El objeto de que se trata existe todavía con su propio uso, y de forma muy semejante, pudiéndose reconocer en ciertas fiestas, particularmente en la procesión del Corpus. Los chinos los construyen también actualmente, formando uno de sus artículos de exportación. Yo los he visto de pluma y de la hoja de una planta, siendo éstos perfectamente idénticos a una de las especies que fabricaban los antiguos mexicanos.